

guen sus huellas sobre la nieve, que conducen á las rocas que sirven de guarida al lince.

Valerosos, feroces y astutos, los linceos viven á costa de todos los animales que pueden señorear, prefiriendo los grandes á los pequeños.

Los linceos del norte atacan al alce y al ciervo, sin desdeñar á las liebres, perdices y palomas. Matan para saciar su sed de sangre.

La caza del lince es difícil, y, algunas veces, peligrosa. Los linceos, en general, evitan el encuentro con los hombres y los perros, y luchan con empeño con los gatos monteses; pero, perseguidos, acorralados ó heridos, los linceos aceptan el combate, y ¡desventurados, entonces, el perro ó el cazador que se hallen al alcance de sus formidables patas!

Uno de nuestros grabados representa al linceo carnal, de piernas largas, cuerpo esbelto y piel de color leonado, que demuestra, á tiro de ballesta, que es un habitante del desierto.



En Argel casi ha desaparecido; pero abunda en el Sahara.

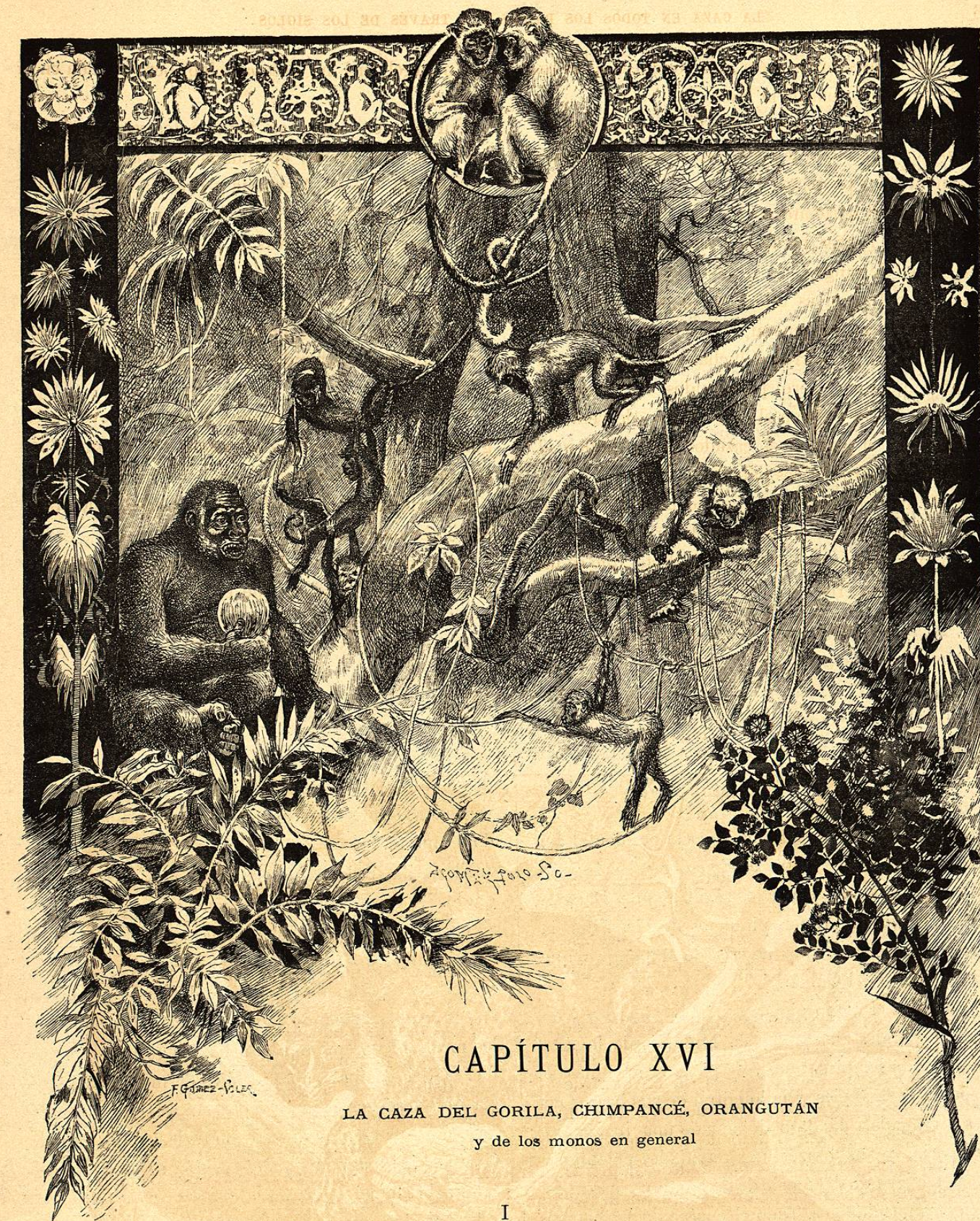
Europa tiene entre su fauna á dos especies de linceos: una más fuerte, apellidada *linceo del norte*, que abundó un día en Alemania y Francia, y otra de los Pirineos ó de España. Hoy son raros aun en los mismos Alpes y en las selvas de Bohemia, mientras que en Noruega, Suecia y todo el este de nuestro continente existe aún en gran cantidad.

En el norte el linceo permanece en lo alto de un árbol frondoso, acechando cautelosamente el paso de algún animal.

Durante el invierno corretea sobre la nieve, persiguiendo, dando prodigiosos saltos, á la liebre y á los animales más corredores.

Se aprisiona al linceo del norte por medio de trampas ó por medio de la caza de fuerza.

La carne del linceo de España, afirman algunos maestros en el arte venatorio que es exquisita y sabrosa.



## CAPÍTULO XVI

LA CAZA DEL GORILA, CHIMPANCÉ, ORANGUTAN  
y de los monos en general

I

LA naturaleza encierra profundos arcanos que en balde la ciencia querrá descifrar. Entre el ser inteligente y sensible, que Dios marcó con sello indeleble, y los demás seres de la escala animal, existe un abismo; pero el organismo y constitución física del simio ofrece semejanzas notables con el *homo sapiens*.

Una procesión de esqueletos de gibbones, oranguta-

nes, chimpancés y gorilas, rodeando la osamenta del hombre, semejan á una serie de grotescas caricaturas, que harían soltar la carcajada, si no encerrasen motivo de serias meditaciones.

Las añejas religiones de la India y del Egipto revelan que el mono ocupó un lugar preeminente en sus teogonías. Los indios levantaron templos en honor de aquellos animales, y los egipcios grabaron su imagen

sobre pórvido. Los romanos utilizaron á los simios no sólo para su solaz y entretenimiento, sino que les sirvieron para sus estudios anatómicos. Los árabes tuvieron á los monos como seres réprobos, castigados por Alá, trasformados de hombres en horribles animales.

El gorila es el animal que se parece más al hombre. Hace dos mil años los cartagineses equiparon una flota, anhelosos de fundar colonias en la costa occidental de África. Treinta mil personas, hombres y mujeres, salieron de Cartago, embarcados en sesenta naves. Hannon, jefe y cronista de esta expedición, refiere que en el fondo de un golfo africano, y en una isla, vieron hombres salvajes, de extraño y horrible aspecto. Las mujeres, cubiertas de vello, abundaban más que los machos. «Dimos una batida,—continúa Hannon;—pero aquellos seres treparon por los riscos y árboles, y nos lanzaron piedras. Sólo pudimos aprisionar tres hembras, que hicieron tal resistencia, que fué preciso matarlas, y llevamos á Cartago sus pieles.»

Plinio añade que estas pieles fueron conservadas en el templo de Juno Astarté, donde las hallaron los romanos cuando se apoderaron de Cartago.

El misionero P. S. Savage descubrió al gorila, en 1847, á orillas del Gabon (África occidental); y explica el rumor, propalado por la fábula y la superstición, de que existen bosques poblados de sátiros y de hombres salvajes.

El gorila habita los países de la costa occidental del Africa, comprendidos entre el Ecuador y los 10 y 15 grados latitud, bañados por los ríos Gabon y Danger.

Savage tuvo los primeros indicios de la existencia del gorila, merced á unos negros de Mapongwe, que moran á orillas del Gabon.

El gorila es el mono gigantesco más vigoroso y de formas corporales más perfectas. Mide, desde lo alto de la cabeza á los pies, unos 5  $\frac{1}{2}$  pies; la anchura de su espalda es de 3 pies, y la longitud de sus brazos de 3 pies 4 pulgadas. Hállase dotado de una fuerza extraordinaria, y sus brazos y extremidades delanteras adquieren el grueso del muslo de un hombre. Sus armas son dientes formidables. Todo el cuerpo, á excepción del rostro, hállase cubierto de un pelo largo y negro. El gorila no tiene cola ni callosidades.

Este mono gigantesco habita las comarcas surcadas por hondos valles y colinas, pobladas de grandes árboles, espesos matorrales y malezas.

La palmera, el pebetero, el banano, el baobab, crecen en abundancia en los sitios habitados por el gorila, proporcionándole sus frutos el sustento. El baobab produce un fruto análogo á nuestras ciruelas, y tiene un

sabor agradable. El gorila no desdén los huevos y los pájaros.

Gran número de narraciones hemos leído sobre los gorilas. La nota, típica de algunas es presentarle como menos sociable que el chimpancé, pero reunidos en bandadas en que la hembra domina y en que los machos disputan la jefatura, entregándose á terribles combates.

Los gorilas señorean, como dueños absolutos y soberanos incontestables, los lugares que habitan. No temen á ningún animal, ni aun al hombre; atacan á su enemigo frente á frente, valiéndose de sus forzados brazos y manos, y de sus terribles dientes.

Algunos viajeros hacen una pintura interesante de los combates de los negros con el gorila. Los indígenas refieren que algunas veces los cazadores, al atravesar un bosque, se ven sorprendidos por un gorila oculto entre el follaje, que con pasmosa agilidad y destreza coge al indígena por la nuca, le arrebatada cual si cogiera una pluma, y vuelve á trepar por los árboles.

¿Qué sucede entonces? Casi siempre el indígena, atontado, desvanecido, no tiene alientos ni fuerzas para la resistencia, y sucumbe ahogado entre los forzados brazos de su enemigo.

En los combates entre los indígenas y el gorila, cuando son aislados y cuerpo á cuerpo, casi siempre sale vencedor el gorila, y el hombre sale maltrecho, mutilado ó muerto.

El gorila, rodeado de su familia, es feroz en alto grado. No espera ser atacado, sino que va delante de su enemigo, ávido de lucha y de sangre. Es más difícil aprisionar vivo á un gorila que á diez chimpancés.

Curioso espectáculo es ver á las hembras refugiarse en los árboles, llevando á sus pequeñuelos, mientras los machos se preparan á la lucha. Un gorila, en el momento del combate, abre los ojos desmesuradamente, sus ojos verdosos echan chispas, sus crines se erizan y levantan, sus dientes chocan con furia, y de su garganta sale el grito agudo: ¡kahi! ¡kahi! y se precipita con furor sobre su enemigo.

El cazador que yerra el tiro no puede esgrimir siquiera el fusil á guisa de maza, porque el gorila, furioso, lo rompe y hace fácilmente pedazos con sus dientes.

No debe admirar al lector que reciba los honores de héroe, y que se inscriba como insigne y estupenda proeza el haber un indígena dado muerte á un gorila.

Multitud de fábulas hanse engendrado, por imaginaciones vivas y soñadoras, acerca de los hábitos y costumbres de los gorilas. Algunos han afirmado, con imperturbable seriedad, que los gorilas enterraban sus